

LA GUERRA ASIMÉTRICA. OLVIDANDO LA HISTORIA

PEDRO FATJÓ

GUILLEM COLOM

Universidad Autónoma de Barcelona

Desde los años noventa del pasado siglo estamos asistiendo a la proliferación de estudios que se centran en el análisis de los conflictos bélicos más recientes y sobre todo desde el 11 de septiembre de 2001, también en el fenómeno terrorista. Términos como «guerra asimétrica», «guerra irregular», «guerra sin restricciones», «guerras de cuarta generación», «guerras híbridas», han pasado a formar parte del lenguaje común de políticos, militares y analistas. Igualmente, expresiones como «nuevas guerras», «nuevos conflictos», «nuevas amenazas», «nuevos escenarios» y otras similares han adquirido casi la categoría de auténticos «comodines» empleados de forma tan recurrente que no utilizarlos empieza a ser síntoma de excentricidad.

Cabe aducir dos objeciones relevantes a esta proliferación conceptual. En primer lugar, que los diversos conceptos con que se intentan definir las guerras y conflictos más recientes, tienden a llamar de otra manera a lo que tradicionalmente se ha denominado «guerra irregular», introduciendo así una notable confusión intelectual que oscurece la realidad que se pretende analizar; es significativo que para aproximarse al mismo fenómeno se empleen términos tan distintos. En segundo lugar, la insistencia en el uso de adjetivo «nuevo» releva una sobresaliente carencia en esta clase de estudios: el persistente olvido de la historia de la guerra. O bien las referencias históricas brillan por su ausencia o, en el mejor de los casos, no van más atrás de 1945, de tal forma que se «descubren» una y otra vez, presentándolas como «novedades», modalidades bélicas que con frecuencia tienen muchos siglos de historia a sus espaldas.

De los conceptos arriba mencionados es el de «guerra asimétrica» el más extensamente utilizado por los analistas civiles y militares, lo que no impide que carezca de un contenido preciso. La tradicional guerra de guerrillas o irregular, la amenaza de uso de ADM por grupos terroristas, la guerra de la información,

la acción terrorista con armas convencionales, el uso de la población civil como escudo humano, como elemento de apoyo o como objetivo preferente, la predilección por el combate en zonas urbanas, la destrucción medioambiental deliberada, la privatización de la violencia, la toma de rehenes, el ataque indiscriminado contra edificios e infraestructuras civiles, acciones «pacíficas» de protesta y resistencia civil, son algunas de las modalidades concretas con que se ha dotado el concepto. Prácticamente cada analista tiende a poner el acento o a subrayar unas u otras de estas modalidades de manera que es muy difícil encontrar ni siquiera dos definiciones plenamente coincidentes.

Incluso, si comparamos las definiciones oficiales empleadas por las autoridades militares de los estados occidentales, no es diferente el resultado. Para los Estados Unidos, en una evolución conceptual que se inicia en 1996, la «guerra asimétrica» implicaría el enfrentamiento entre adversarios de desigual potencia, incluiría modos de acción no tradicionales, la elusión de la fuerza adversaria y la explotación de sus vulnerabilidades; de este modo, «guerra asimétrica» sería un *modus operandi* destinado a obstaculizar el empleo de los medios militares clásicos y a privar a las fuerzas norteamericanas de una victoria decisiva, rápida y poco costosa en pérdidas humanas. En cambio, para el Reino Unido, la «guerra asimétrica» es el empleo de métodos no convencionales (misiles balísticos y ADM) contra las fuerzas armadas o la población civil británica. En el caso de Francia, la definición haría referencia a la acción de actores estatales o no estatales que disponiendo de un potencial militar inferior, buscan eludir las defensas francesas y explotar sus vulnerabilidades por todos los medios posibles, incluyendo los no militares.

A continuación veremos algunas de las modalidades de la acción «asimétrica» citadas con más frecuencia por los analistas y las evaluaremos a la luz de la historia de la guerra, lo que nos permitirá calibrar lo que realmente tienen o no de «novedoso» y de esta forma, situar el conocimiento histórico como un referente intelectual relevante para el pensamiento político-estratégico.

1. Casi todos los enfoques sobre la «guerra asimétrica», con mayor o menor protagonismo según unos u otros analistas, incluyen referencia a la guerra irregular, cualquiera que sea la denominación específica que le den (irregular, de guerrillas, insurgencia, etc.) y, salvando excepciones, acostumbran a describirla como una nueva modalidad de combate. Los precedentes históricos son nulos o muy escasos y rara vez van más allá de Vietnam o de Malasia. Que algunos analistas norteamericanos se vean en la obligación de llamar la atención sobre las enseñanzas de la experiencia de su país en Vietnam, es muy revelador de hasta qué punto dicha experiencia ha sido olvidada, menospreciada o infrautilizada por los actuales responsables políticos y militares de Estados Unidos.

Y sin embargo, la guerra irregular viene constituyendo una parte integrante y persistente del fenómeno de la guerra desde la Antigüedad. Las campañas romanas contra las tribus celtíberas y lusitanas en la Península Ibérica son uno de los precedentes más relevantes. Roma necesitó más de sesenta años, del 197 al 133 A.C., para hacerse con el dominio del territorio peninsular (excluyendo las posteriores campañas contra cántabros, astures y vascones) y el análisis de dichas campañas ponen al descubierto una serie de deficiencias repetidas desde entonces y hasta la actualidad (guerra de Vietnam incluida) por numerosos ejércitos: ausencia de un objetivo estratégico claro, ignorancia de la cultura política y social del adversario, extensa corrupción entre las autoridades y tropas romanas, desconocimiento del terreno, carencia de apoyo por parte de la población indígena, inexperiencia en la guerra en zonas de montaña o en terrenos inadecuados para el despliegue clásico de la legión, persistencia en las táctica tradicionales de la infantería romana, falta de continuidad en la acción política y militar, incapacidad para identificar los centros de gravedad del adversario, represalias indiscriminadas sobre la población civil sin que ello comportase resultados militares significativos... La superioridad organizativa, operacional, táctica (en campo abierto), logística y de recursos por parte romana no impidieron la larguísima duración de la guerra y la numerosa lista de derrotas y fracasos que cosecharon las legiones. Sólo con la llegada de Escipión, que estableció por primera vez una estrategia coherente y continuada, con objetivos definidos, y los cambios en la estructura de la legión (creación de la cohorte, en substitución del manípulo, como elemento táctico básico), la conquista entro en vías de alcanzar la victoria, como acabó sucediendo con la caída de Numancia.

Dos mil años después, de nuevo España protagonizó, salvando las distancias de todo orden que caracterizaron ambos enfrentamientos, lo que podría calificarse como una reedición, a principios del siglo XIX, de la experiencia celtíbera. La rápida y en apariencia exitosa conquista napoleónica de España en 1808 no fue más que el preludio de un sangriento conflicto, en el que los ejércitos franceses y de sus aliados europeos, tuvieron que enfrentarse simultáneamente a una guerra regular con las tropas británicas, españolas y portuguesas y a una guerra irregular con las guerrillas españolas, sin que los éxitos en el campo de batalla produjeran resultados estratégicos significativos. La guerra en España costó a Napoleón la vida de 300.000 soldados y absorbió una cantidad ingente y desproporcionada de recursos humanos: en 1810 y 1811 el Emperador mantenía desplegados en España a 400.000 hombres y todavía en 1812, pese a las exigencias de tropas para la campaña de Rusia, se vio obligado a mantener en la Península a no menos de 260.000 efectivos. En términos generales, los errores de los ocupantes franceses fueron muy similares a los cometidos por los romanos dos

milenios antes y pese a la introducción de métodos de lucha contrainsurgencia (si se nos permite el uso del concepto), su alcance fue demasiado limitado como para tener una incidencia importante en el resultado de la guerra.

Las muestras de guerra irregular en el transcurso de la historia son tan abundantes que su sola enumeración requería un libro. La guerra irregular ha sido muchas veces no ya una alternativa a la guerra regular sino un complemento de la misma. En realidad, cabría hablar de la guerra como un *continuus* en el que las operaciones regulares e irregulares aunque diferenciables a efectos analíticos, forman parte integrante del mismo proceso, dependiendo la intensidad de una o de otra o su combinación, de otras variables no siempre de naturaleza estrictamente militar: culturales, políticas, de organización social, geográficas, económicas y demográficas.

2. El protagonismo de los llamados «actores no estatales» en los conflictos recientes se ha convertido en otro de los elementos «novedosos» más citados por los analistas. Afirmar tal cosa sólo es posible si se olvida otra vez la historia de la guerra. ¿Qué eran las tribus celtíberas que se opusieron a la invasión romana sino «actores no estatales»? ¿Se enfrentó César en las Galias a «actores estatales»? ¿acaso las tribus galas constituían un Estado? ¿Y la experiencia colonial europea?, ¿no eran muchos de los oponentes de las sociedades indígenas a la conquista europea otra cosa que «actores no estatales»? Y más recientemente, durante la descolonización y por citar un solo ejemplo, ¿era el FLN argelino un «actor estatal»?

3. La privatización de la guerra también está centrando la atención de muchos estudiosos y, como ya es habitual, se evalúa como una novedad, como una ruptura frente a las tradicionales guerras entre estados organizados. Sin necesidad de retroceder mucho en la Historia, ¿qué eran muchas de las unidades militares que combatieron en la Guerra de los Treinta Años sino ejércitos privados que obedecían las órdenes de empresarios privados que establecían contratos con Estados para una u otra campaña bélica?, ¿no era esa la actividad de «empresarios de la violencia» como Albrecht Wallenstein o Ernst Mansfeld? Y qué decir de los famosos condotieros italianos, como Alberico de Barbiano o Bartolomeo Colleoni, que asolaron con sus tropas la península italiana a lo largo de los siglos XIV y XV. Y lo mismo si nos referimos a la Gran Compañía Catalana, los célebres almogávares, de Roger de Flor, en la segunda mitad del siglo XIII. Caudillos como Cortés y Pizarro afrontaron sus respectivas conquistas en América como auténticas empresas privadas, ciertamente sancionadas política y jurídicamente por la Corona española, pero financiadas, organizadas y sostenidas por sus propios patrimonios, préstamos de banqueros y comerciantes y aportaciones de otros participantes en las expediciones. ¿No era también una empresa de mer-

cenarios los diez mil de Jenofonte? Y cuando algunos autores, reconociendo estos numerosos precedentes históricos, fechan en la Paz de Westfalia el fin de la privatización de la violencia y la consolidación, desde entonces, de las guerras convencionales entre estados reconocidos, olvidan igualmente ejemplos posteriores a Westfalia, tal vez aquejados de cierto eurocentrismo: ¿no fue una compañía privada, la Compañía Inglesa de las Indias Orientales, la que conquistó y gobernó la mayor parte de la India hasta fecha tan tardía como 1857? ¿No fue China asolada durante el siglo XIX y hasta bien entrado el XX por los «señores de la guerra», independizados del poder imperial y que hicieron la guerra por su cuenta y riesgo en función de sus particulares intereses?

4. La población civil como objetivo de las acciones bélicas es también otra «novedad» muy subrayada en los últimos años. Con frecuencia, se afirma que desde la Segunda Guerra Mundial, incluida esta última, los civiles constituyen el grueso de las víctimas producidas por las guerras y que este balance no ha hecho más que agudizarse durante los últimos decenios. No negaremos la verdad de la segunda parte del enunciado, pero muy probablemente nuestros antepasados, recientes y remotos, no estarían de acuerdo con la primera parte. Más bien lo excepcional, históricamente hablando, serían las guerras en las que las víctimas civiles fueron una minoría. De hecho, los ejemplos históricos de conflictos en los que la población civil aportó la mayor parte de los muertos serían tan numerosos que se confundirían con la misma historia de la guerra en toda su extensión. Incluso si excluimos a los civiles muertos por causas indirectas (hambrunas provocadas por los conflictos o epidemias propagadas por las operaciones militares) y nos limitamos a los que fueron eliminados en tanto que objetivo bélico, de nuevo los precedentes serían demasiado abundantes. En general, las guerras de conquista se han caracterizado, en mayor o menor medida según los casos, por la magnitud de los daños deliberadamente inflingidos a la población civil (conquista de las Galias por César, invasiones tártaras y mongolas, conquista española de América, campañas de las Cruzadas, expansión otomana, conquistas coloniales europeas...). Y dejando de lado las dimensiones de tales matanzas y el grado de barbarie alcanzado, acostumbraban a obedecer a la consecución de objetivos político-estratégicos: las masacres indiscriminadas con frecuencia buscaban aterrorizar al adversario para que cesase en su resistencia al invasor o pretendían separar a la población de su gobierno, dada la incapacidad de éste para garantizar su seguridad; en otros casos aspiraban a «limpiar» el territorio para favorecer el establecimiento de los conquistadores y, en general, eran un instrumento dirigido a cubrir el objetivo estratégico central en cualquier conflicto: obligar al adversario a abandonar su voluntad de lucha y a imponerle la aceptación de la voluntad del vencedor.

5. La creciente importancia del marco urbano como escenario de los conflictos suele ser visto como otro elemento «novedoso» que merece ser destacado. Si bien es cierto que las ciudades son con frecuencia el lugar en donde se concentra muchos enfrentamientos bélicos (Beirut, Sarajevo, Grozny) —aunque no todos y no siempre la mayoría—, resultado, entre otras razones más tradicionales, de la rápida expansión de la población urbana mundial en la segunda mitad del siglo XX, también es verdad que las ciudades y las concentraciones urbanas de ciertas dimensiones —que no tenían por qué ser grandes ciudades— han sido siempre escenario recurrente de la acción bélica. Por ejemplo, las guerras medievales eran mucho más guerras de asedios que no de batallas en campo abierto y lo mismo puede afirmarse de la Guerra de los Ochenta Años entre la Monarquía de los Austrias y las Provincias Unidas, o de la Guerra de los Treinta Años o todavía más antiguamente, las expediciones de conquista impulsadas por el Imperio Asirio en Mesopotamia o de algunas de las campañas romanas, como los sitios de Jerusalén y de Massada. Incluso en una guerra de movimientos como la Segunda Guerra Mundial los combates urbanos alcanzaron una importancia y unas dimensiones muy considerables (Stalingrado, Leningrado, Manila, Berlín), o las ciudades fueron tratadas como objetivos en sí mismos con independencia de su valor militar (bombardeos de Varsovia, Róterdam, Belgrado, Londres y otros centros ingleses y los bombardeos masivos sobre numerosas ciudades alemanas y japonesas). No hay que olvidar que incluso en sociedades agrarias, los núcleos urbanos han tenido un gran peso como centros de concentración de riqueza, de consumo y de distribución de bienes y servicios más allá de sus muros, de poder político y religioso, de articulación del territorio rural circundante y de control sobre el mismo, lo que explica su fácil conversión en objetivo bélico.

6. La llamada «guerra de la información» aparentemente sería uno de las modalidades de «guerra asimétrica» con más posibilidades de merecer el calificativo de «nueva». Pero no se trataría estrictamente hablando de una «novedad», puesto que ha sido ampliamente utilizada en los conflictos del siglo XX. En las dos guerras mundiales de la primera mitad de la centuria y en la Guerra Civil española, la propaganda, la información manipulada o directamente falseada, la contra información y otras variantes fueron intensamente empleadas por todos los contendientes; desde la campaña de la prensa aliada en 1914 sobre las «atrocidades» alemanas en Bélgica, hasta los programas radiofónicos alemanes, norteamericanos o británicos de 1939-45, esta clase de instrumentos ya no constituyen una verdadera novedad. Sí es cierto que la televisión ha dotado a sus usuarios de un medio nuevo e impactante pero de tan fácil manipulación como cualquier otro anterior y, desde luego, dada su relativa inmediatez y difusión, ha mul-

tipificado los efectos propagandísticos buscados por los contendientes. Paradójicamente, en muchos de los conflictos de las últimas décadas, la parte más «débil» en capacidades militares, o que se presenta como tal, ha sido la que mejor provecho ha sabido extraer del nuevo medio: todos hemos visto las imágenes televisivas del asesinato de un guerrillero del Vietcong, o sospechoso de serlo, por un oficial sudvietnamita —durante la ofensiva del Tet en 1968— pero nunca hemos visto imágenes de los miles de asesinatos cometidos por el Vietcong contra la población civil de Vietnam del Sur. La manipulación por parte de los contendientes de los medios de prensa, radio y televisión, sobre todo occidentales, se ha convertido en una constante de la mayoría de los conflictos recientes y algunos de sus practicantes han alcanzado verdaderas cotas de virtuosismo en esta práctica, como ilustra el ejemplo de Oriente Medio. Así y todo, la manipulación de la «opinión pública» tampoco aparece en el siglo XX. La elaboración y difusión de la «Leyenda Negra» por los propagandistas protestantes en los siglos XVI-XVII es uno de los ejemplos más exitosos que se conocen. La difusión de información falsa o tergiversada a través de embajadores o mensajeros, bien sea para conseguir nuevas alianzas o para boicotear las del adversario, ya era algo habitual en la Grecia de las Guerras del Peloponeso. Y durante los siglos XVII y XVIII la edición y circulación de hojas volantes, panfletos y boletines dedicados a ensalzar los éxitos militares propios y magnificar las derrotas del adversario (mezclando datos ciertos con tergiversaciones, exageraciones o puras invenciones) o para justificar la bondad de la propia causa y la maldad de la del enemigo, ya eran práctica habitual en Europa. Y no habría que olvidar el papel que en este sentido jugaron las iglesias cristianas, por medio de sermones dominicales y predicadores itinerantes; la proliferación de sermones y discursos eclesiásticos, tanto orales como impresos, en Cataluña contra Felipe IV durante la Guerra de los Segadores, entre 1640 y 1652, constituyen un buen ejemplo de ello.

El reducido espacio disponible en esta comunicación no nos permite ir más allá de lo aquí expuesto. Pese al enfoque histórico adoptado, los autores de estas líneas no consideran que la Historia sea un recetario de soluciones a los desafíos y problemas del presente o del futuro próximo. La Historia no es una fuente de recursos intelectuales cuyo conocimiento sea una garantía de éxito en la resolución de los conflictos que arruinan la existencia humana en demasiados lugares de nuestro pequeño planeta. Pero la Historia sí puede servirnos para volvernos a todos más prudentes y exigir a los responsables políticos y militares de los principales estados que llegada la hora de la toma de decisiones, no incurran en el grave pecado de repetir los errores del pasado. Los árboles de la «novedad», a los que las sociedades desarrolladas rinden un culto fanático y acrítico, no deberían impedirnos ver el bosque de la realidad. Y la Historia es realidad.

BIBLIOGRAFÍA

- BARNETT, Roger W. (2003), *Asymmetrical warfare. Today's challenge to U.S. military power*, Brassey's, Washington.
- BAUD, Jacques (2003), *La guerre asymétrique ou la défaite du vainqueur*, Éditions La Rocher, Monaco.
- BRIZZI, Giovanni (2004), *La guerre de l'Antiquité Classique. De l'hoplite au légionnaire*, Éditions du Rocher, Country.
- CENTRE DE DOCTRINE D'EMPLOI DES FORCES - DIVISION RECHERCHE ET RETOUR D'EXPÉRIENCE (2004), *Les armées du chaos. Étude sur les évolutions des guérillas en Irak (mai 2003-octobre 2004)*, Cahier du Retex, Armée de Terre. Ministère de la Défense.
- CENTRE DE DOCTRINE D'EMPLOI DES FORCES - DIVISION RECHERCHE ET RETOUR D'EXPÉRIENCE (2004), *Les forces terrestres en opération : quels modes d'actions adopter face à des adversaires asymétriques ?*, Cahier de la Recherche Doctrinale, Armée de Terre. Ministère de la Défense.
- CENTRE DE DOCTRINE D'EMPLOI DES FORCES - DIVISION RECHERCHE ET RETOUR D'EXPÉRIENCE (2006), *Les fantômes furioux de Falloujah. Opération Al-Farj/ Phantom Fury (juillet-novembre 2004)*, Cahier du Retex. Armée de Terre. Ministère de la Défense
- CIMBALA, Stephen J. (2001), *Clausewitz and Chaos. Friction in war and military policy*, Praeger, Westport.
- COURMONT, B. y RIBNIRAR, D. (2002), *Les guerres asymétriques. Conflits d'hier et d'aujourd'hui, terrorisme et nouvelles menaces*, IRIS-PUF, Paris.
- CREVELD, Martin van (1998), *La transformation de la guerre*, Éditions du Rocher, Lonrai.
- ECHEVARRIA II, Antulio J. (2005), *Fourth-generation war and other myths*, Strategic Studies Institute, U.S. Army War College.
- GOLDSWORTHY, A. (2005), *Grandes generales del ejército romano*, Ariel, Barcelona.
- GOYA, Michael (2005), «Le pouvoir ou bout de fusil. Irak ou la redécouverte des 300 derniers mètres», *Doctrine. Revue d'études générales*, núm. 7, pp. 79-81.
- GRAY, Colin S. (2006), *Irregular enemies and the essence of strategy : can the American way of war adapt ?*, Strategic Studies Institute, U.S. Army War College.
- HOFFMAN, Frank G. (2006), «Complex Irregular Warfare : the next revolution in military affairs», *Orbis*, summer, pp. 395-411.
- HOFFMAN, Frank G. (2006), «How Marines are preparing for hybrid wars», *Armed Forces Journal*, núm. 3 (www.armedforcesjournal.com/2006/03/1813952)
- HOFFMAN, Frank G. (2006), «Lessons from Lebanon: Hezbollah and hybrid wars», *The Evening Bulletin* (www.theeveningbulletin.com)
- JAMES JOES, A. (2001), *The war for South Vietnam 1954-1975*, Praeger, Westport.
- KOVO, Ken (2006), «From the ashes of the phoenix: lessons for contemporary counterinsurgency operations», en Murray, Williamson (ed.), *Strategic challenges for counterinsurgency and the global war on terrorism*, Strategic Studies Institute, U.S. Army War College.

- LIANG, Qiao y XIANGSUI, Wang (2003), *La guerre hors limites*, Payot et Riveges, París.
- LIN, William S., NIGHTENGALE, Keith, SCHMITT, John F., SUTTON, JOSEPH W., WILSON, Gary I. (1989), «The changing face of war: into the fourth generation», *Marine Corps Gazette*, october, pp. 22-26.
- MANWARING, Max G. (2001), *Internal wars: rethinking problem and response*, Strategic Studies Institute, U.S. Army War College.
- MANWARING, Max G. (2005), *Street gangs: the new urban insurgency*, Strategic Studies Institute, U.S. Army War College.
- MÜNKLER, Herfried (2005), *Viejas y nuevas guerras. Asimetría y privatización de la violencia*, Siglo XXI, Madrid.
- MURAWIÉC, L. (2000), *La guerre au XXIe siècle*, Odile Jacob, París.
- OLIVER, Olga (2001), *Russia's chechen wars 1994-2000. Lessons from Urban Combat*, RAND, Arroyo Center, Santa Mónica.
- OSINGA, Frans (2002), «Asymmetric Warfare; rediscovering the essence of strategy», en Olson, J. (ed.), *Asymmetric Warfare*, Oslo, pp. 1-42.
- SÁNCHEZ HERRÁEZ, Pedro (2006), «Nuevas amenazas, nuevas soluciones?», *Ejército de Tierra español*, vol. LXVII, núm. 783, pp. 16-20
- SMITH, George W. (2004), *Avoiding a Napoleonic Ulcer: bridging the gap of cultural intelligence (or, have we focused on the wrong transformation?)*, Marine Corps War College.
- STORA, Benjamín (2004) (4.ª ed.), *Histoire de la Guerre d'Algérie (1954-1962)*, La Découverte, París.
- TONE, John L. (1999), *La guerrilla española y la derrota de Napoleón*, Alianza Editorial, Madrid.
- VV.AA. (2004), «Intifada Al Aqsa ou deuxième Intifada. Analyse d'un conflit asymétrique en zone urbaine», *Doctrine. Revue d'études générales*, numéro spécial, mai.
- VV.AA. (2005), «La guerre après la guerre. Enseignements de vingt mois d'opérations de stabilisation en Irak (mai 2003-décembre 2004)», *Doctrine. Revue d'études générales*, numéro spécial, mars.